

Noticiero de Soria

Miércoles 2 de Octubre 1901.

Director y Propietario: Pascual P. Rioja.

Año XIII.—NÚM.º 1.439.

A nuestros lectores.

Hoy día de SAN SATURIO Patrón de Soria, comenzamos gustosos con el presente número, la serie de los que poco á poco y con el carácter de extraordinarios, iremos dando á nuestros abonados.

Modestamente nos proponemos llevar á la práctica este esfuerzo, y si el público nos sigue ayudando, á sus benevolencias habremos de corresponder cada vez con mayor ahínco, procurando dar al NOTICIERO DE SORIA toda la amenidad que nos sea posible, dentro de las condiciones económicas con que lo venimos publicando en favor de los abonados.

Para la venta, tan solo costará el presente número DIEZ CÉNTIMOS DE PESETA ejemplar.

Jaculatoria

¡Oh, San Saturio bendito, el de la lengua barba y la capa corta; patrón venerable, anacoreta humilde, doctor seráfico que concentras todas las ansias y aspiraciones del pueblo soriano ¿porqué no les dices á mis buenos paisanos, que como César el Rubicon, pasen el Duero, por más allá del magnífico puente de Golmayo que se divisa desde las altas ventanas de tu señorial ermita y entren de lleno *per sé y per accidens* en la bulliciosa y generadora vida moderna?

Y tú ¡oh Soria pura, la del ambiente constantemente diáfano, la de costumbres sencillas y patriarcales, la siempre famosa por sus pastos, y por sus mantequillas, la hija menor de aquella indomable y heroica Numancia ¿vas á permanecer *per omnia sécula* dormida al arrullo de tus tradiciones, sin ver, sin oír, sin percartarte de lo que á tu lado pasa en el concierto regional de tus demás provincias hermanas?

¿Para qué quieres tu ferro-carril, magnífico y cien veces mejor al de otras comarcas, para qué tus minas de asfalto, tus mármoles, tus tesoros auríferos que oculta el avaro Garañeta?

Ya es hora de despertar sorianos queridísimos, hay que sacudir la guedeja, dejar los naipes domingueros, la arcaica barra, despedirse del pasado, mirar al presente y preparar el porvenir, para que esta nuestra querida tierra que vale más de lo que sospechamos, salga del estado cataléptico en que la misma idiosincrasia

de nuestro apático carácter la tiene sumida.

Preciso es demostrar á los poderes públicos, á las demás provincias, que si Soria satisface cumplidamente los tributos, si es la primera en subvenir á las cargas generales del Estado, no puede ser la última para recibir los beneficios que nacen del concurso de todas las fuerzas nacionales.

¿Qué se necesita para ello? Muy poco, apenas nada, únicamente que todos unifiquen sus esfuerzos para que Soria pese, y valga, y represente en el concierto nacional lo que pesan, valen y representan las demás regiones peninsulares.

Oveja que bala, bocado pierde; por

cuertos solo comparables á los pueblos medioevales y de raza celtíbera. Ciudad de gloriosa historia y de fama imperecedera, cantada por las endechas de tus trovadores, y las glosas de tus poetas, cuyas páginas quedaron escritas sobre las venerandas ruinas de la sin par é inmortal NUMANCIA.

No, no quiero ser adulator de ese pueblo ni de sus antepasados, nombres esclarecidos donde tanta gloria legaron á la ciudad de Soria, pueblo de antiguo abolengo, pues lo atestiguan los restos históricos de sus castillos y murallas donde cada pedrusco de sus torres abanzadas, nos recuerdan una epopeya.



EL ESCUDO DE SORIA

Junto á Alfonso, los hijos de Soria,
En las Navas, su sangre derraman,
Y con sangre regada se encuentra
La tierra gloriosa, do estuvo Numancia.

Arrancando con duro trabajo
Las riquezas que el suelo encerraba
Los sorianos, cual dieron sus vidas,
También sus haciendas le dan á la patria.

Y por eso el escudo glorioso
Que ennoblece la tierra soriana
De su historia es un vivo reflejo,
En campo de sangre, castillo de plata.

Mariano Granados.

lo tanto hay que lamentarse menos y hacer más: acudir á todos los certámenes de industria ó desarrollo de las fuerzas productoras, demostrar que Soria vive, que Soria trabaja, que Soria progresa, que Soria influye, que puede, que tiene aspiraciones y medios propios y suficientes para no quedar rezagada en el camino de la prosperidad, del engrandecimiento y de la civilización.

SANTIAGO ARAMBILET.

Madrid 30 Septiembre 1901.

RECUERDOS DE UNA VISITA A SAN SATURIO

Salud ciudad querida: Mucho podría decir de tí por tus grandes re-

Soria, bien quisiera hablar de tu situación topográfica y de tus primitivos pobladores, así como de tus primeras construcciones guerreras en la época romana, y más tarde, en el transcurso de las dinastías visigodas y reinados de los caballerescos reyes de Castilla y de León. Ciudad que ha dejado una estela luminosa por sus grandes hechos patrios, y por los numerosos monumentos de verdaderas bellezas artísticas que atesoras dentro de tu recinto, verdadera encarnación del arte en todas sus manifestaciones; ¡Ah! sí, me llena de orgullo como español y como artista el haber tenido la dicha de admirar esas filigranas esculpidas en los vetustos pórticos, claustros y adides de sus bizantinas Basílicas, y

por eso quisiera en este momento ser un nuevo Prometeo para remontarme á la cúspide de la inteligencia humana, para de ese modo poder cantar un himno á tanta grandeza, pues solamente al admirar tan gratos recuerdos, me palpita el corazón de entusiasmo, hasta abrirse insensiblemente las fibras más delicadas, las impresiones más puras y los afectos más apasionados, para venir á confundirse en un ídilio humano, por el cual pudiera ensalzar todas sus gloriosas tradiciones.

No, no es posible olvidar la tarde del 28 de Septiembre de 1900 para mí de feliz memoria, cuando en alas de mi fantasía caminaba rodeado de cariñosos amigos por las orillas del Duero, para contemplar ese Santuario venerando, Palacio de mística pureza y morada misteriosa, trono de brillantes fulgores, donde la naturaleza y el arte han derrochado todos los esfuerzos de los divinos secretos, como obra imponente de Dios y de la inteligencia humana.

Sí, venerable San Saturio, en esa escarpada montaña, en cuyas impresionables concavidades se asienta ese célebre santuario de la inmortal ciudad Castellana, que á ninguna cede en dignidad al guardar esa joya preciosa del Santo anacoreta, y cuya silueta de tan milagrosa imagen compete con muchas por sus formas originales, en una palabra, en esa Capilla de mística pureza, admiré todo arrobado, y en éxtasis contemplativo, como se conserva viva y encendida la llama de la fé en los corazones sorianos, al depositar al pié del altar de ese esclarecido Cenobita, todas las más caras afecciones y todos los afectos del más puro sentimiento cristiano.

Saludo, pues, una vez más á esa heroica Ciudad del Duero, sintiendo no tener la inspirada musa de Lope y Calderón, para cantar con todos los entusiasmos de la poesía, los encantos y costumbres de ese pueblo, grande por sus hechos y proezas, grande por sus historiadores y cronistas, por sus conquistadores y preladados, grande por haber sido residencia de reyes y magnates, de Santos, de Mártires; grande en fin, por todo cuanto de grande encierra, cultivado por sus hijos y enriquecido por sus artistas, Ciudad de encantadora situeta por la perspectiva de sus torres y cimborrios y hermosea por sus construcciones soberbias del humano arte, y por sus grandiosos templos y palacios. Ciudad finalmente grande por que en aras del Progreso moderno, y sin separarse de los grandes principios fundamenta-

les, en el orden político y religioso, empuja á ese pueblo en pos de su fé y patriotismo para quebrar un rayo de luz y de esperanza regeneradora entre torrentes de entusiasmo y armonía ante la veneranda imagen del Santo siervo de Dios el gran SAN SATURIO.

CRISTOBAL ROS.

Zaragoza 1.º Octubre 1901.

SAN JUAN DE DUERO

Á la memoria de Gustavo B. Becquer.

Mucho preocupaba á nuestro gran poeta el recuerdo y la suerte de esta bellísima joya artística, que va desmoronándose lentamente cerca de los calcinados muros de Numancia.

No puedo olvidar fácilmente la insistencia con que me solicitaba, allá por el año 1866, para obligarme á ser auxiliar y cómplice de sus generosos propósitos, de adquirir y restaurar este trozo de feudo ó encomienda, patrimonio un día de los caballeros de San Juan de Jerusalén.

El viejo café Suizo, en aquel agudo ángulo envuelto durante el día entre unamediasombra, que tiene por frontera, al Norte la mesa tradicional de los economistas, al Este el mostrador desde el que dirige Matossi sus baterías y al Ocaso las puertas de la repostería, era el sitio frecuentemente elegido por el bondadoso

Becquer para departir respecto á su tema favorito conmigo.

El lunático Flórez y el pintor Vallejo; Luis Rivera, y Rico, el dibujante; Ferrán, Robers y el escultor Figueras, que por aquel tiempo eran los que, como nosotros, tenían su abono á diario en aquellos veladores, interrumpieron más de una vez los fervorosos coloquios que, principalmente á Dióscoro Puebla, mi severo mentor y compañero de hospedaje, estoy casi seguro que le traían inquieto, tal vez pensando que nos ocupábamos de alguno de los modelos que se proporcionaba para su estudio.

Persuasivo era en extremo, y penetraba hasta el alma el lenguaje que el malogrado autor de las *Rimas* empleaba en sus expansiones íntimas.

Y nunca, sin embargo, logró convencerme de que fuera práctico el pensamiento que acariciaba, del que hacer pretendía nada menos que un *Museo provincial* de Antigüedades y

Bellas Artes, al que se llevaran los vestigios desparramados por la comarca procedentes de Usama y Clunia, Numancia, Voluce y Ausgustobriga cuando menos, amén de los

que costear la escogida colección de *Leyendas y Rimas*, que han sido el pedestal de la gloria postrera de Becquer.

Por eso al pisar otra vez, después



SORIA.—SAN JUAN DE DUERO.—MONUMENTO NACIONAL.

lienzos del Monasterio de Huerta y otros de que tenía noticia por su hermano Valeriano.

Su imaginación le hacía á veces ver ya con la enumeración consiguiente, instalados dentro del Museo,



DE SAN JUAN DE DUERO.

fragmentos de estatuas, sepulcros é inscripciones, monetarios, armas y otros objetos de bronce, y hasta hachas prehistóricas.

Y era inútil entonces hacerle patentes las insuperables dificultades de tal proyecto, aquí donde teníamos que comenzar tropezando con entidades por lo general ignaras en achaques de ornamentación é indumentaria, tal como su poesía las soñaba.

Las vicisitudes de la vida nos separaron por el año 67, y ya nunca más volví á conversar con aquella privilegiada inteligencia, de corazón y sentimientos tan depurados en la piedra de toque del infortunio.

Cuando volví á Madrid, después de tres años de emigración voluntaria por tierra extranjera, en aquel diván del café Suizo donde el gran poeta había acariciado tantos poemas, encontré en lugar suyo al insigne Casado, pidiendo á los que fueron sus amigos ó admiradores el óbolo con

de tantos años de ausencia, estos lugares que él tanto amó y que le inspiraron leyendas tan prodigiosas como la de *El monte de las ánimas* y *El rayo de luna*, no he podido menos de llevar el recuerdo á la melancólica figura del poeta que tantos planes forjó inútilmente en su inquieto pensamiento, para que no se consumara la completa ruina del singular edificio de que voy á ocuparme.

Saliendo de Soria por el antiquísimo Puente en cuyo centro se alzaba en otra época la histórica torre en la que fué cobardemente asesinado por el Alcaide del castillo Juan de Luna, el honrado caballero soriano Hernán de San Clemente, y en la margen izquierda del río Duero, por cuyos muros atraviesa el viajero sin poder sospechar siquiera las bellezas artísticas que encierra, que únicamente puede apreciar la vista bien desde la falda del *Monte de las ánimas* que lo domina por su parte de Levante ó penetrando de lleno en su recinto.

Al optar por este último medio,



DE SAN JUAN DE DUERO.

como más seguro para satisfacer cumplidamente el deseo, es indispensable como preliminar enojoso echarse á buscar al guardián del santua-

rio que mora por las inmediaciones, y que á trueque de guardar sus llaves, comienza en su jurisdicción portalar y destruir con su horticultura el precioso atrio que forma el florón más bello del edificio.

Pero esto es poco en comparación del espectáculo que se ofrece tan luego como se pone el pié dentro del templo.

Nunca, ni entre los azares y profanaciones que lleva consigo una lucha civil ó una guerra invasora, se habrá podido contemplar lugar sagrado tan desmantelado y siniestro.

El autor de estas líneas había juzgado tal vez exagerado cierto informe dirigido hace

algunos años á la Junta provincial de monumentos por una comisión encargada de estudiar su estado, y en el que se consignan estas sentidas frases:

“El rubor sube al rostro y hay que cerrar los ojos, lleno el corazón de amarga pena, cuando el viajero, asombrado á la vista de tanto abandono, dirige justa reconvencción á los hijos de Soria. Para vergüenza eterna de un pueblo donde las ilustraciones no escasean, es preciso consignar, porque así es la verdad, que como sangriento pero justo sarcasmo, repiten cuantos visitan este precioso recuerdo de nuestra pasada gloria, que es tal la indiferencia con que se mira, que con los restos de los cornisamientos y capiteles de sus notables pórticos, se cierran los portillos de sus ruinosas paredes; que el cultivo de su patio arranca las inscripciones de los sepulcros, y haciendo subir el nivel del suelo cubre los basamentos de su esbelta columnata; que... ¡y es el colmo de la vergüenza! su iglesia que venía siendo desde hace muchos

años *encerradero de ganado*, hoy ni aun para esto va sirviendo porque del abandono ha venido como natural consecuencia la ruina de su techum-

bre. que será total el próximo invierno si con urgencia no se repara..

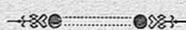
Este informe, en el que se proponen luego los medios conducentes para la restauración y conservación de San Juan de Duero, ha debido indudablemente ir á aumentar sin más consecuencias el ornado catálogo de algún empolvado archivo.

¡Otra cosa tal vez, de él hubiera sido, á poder esgrimirse como arma electoral siquiera!

De todas suertes, es cierto para mengua nuestra que la sentida pintura del informe aparece con toda la afrentosa verdad de sus detalles en el histórico edificio, del que por otra parte debemos al sabio profesor y distinguido académico D. Eduardo Saavedra, concienzudo y notable análisis que no ha bastado tampoco, á los llamados en primer término á procurar la conservación de nuestras joyas artísticas á fijar seriamente en él su atención, á pesar de merecerlo so-
bradamente. (1).

ANTONIO PÉREZ RIOJA.

LA COLEGIATA de San Pedro en Soria



La Iglesia.

La iglesia se compone de cinco naves próximamente del mismo ancho (30 pies) ofreciendo todas ellas la notable circunstancia de ser de la misma altura (50 pies.)

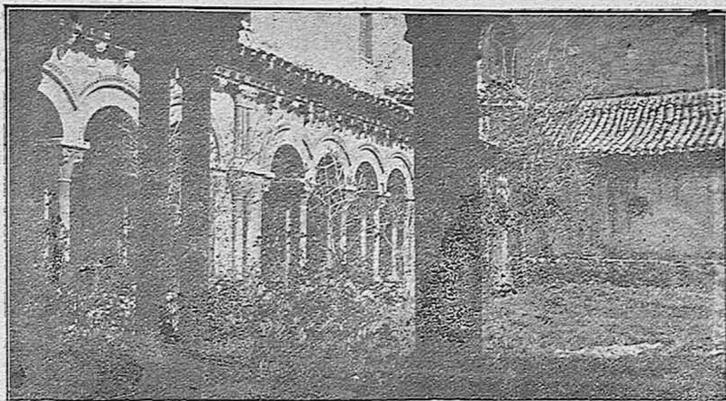
Estas cinco naves se apoyan en el mismo muro de fachada situado al Oeste del templo y se prolonga hacia el Este en una extensión igual á cuatro veces el ancho de una de dichas naves. Las tres centrales se prolongan una vez más dicho ancho quedando la central terminada por un ábside.

El interior de este templo ofrece en su conjunto un ejemplo notable de la transición del arte ojival al del renacimiento; todo el alzado desde el pavimento á la línea de arranque de las bóvedas corresponde á este último estilo perteneciendo las bóvedas de una manera bien distinta al arte ojival.

Todas las líneas del alzado afectan la severidad y pureza de los monumentos clásicos del arte greco-romano y en conformidad con este espíritu los paramentos exteriores de

los muros laterales presentan una amplia y no interrumpida superficie, colocando al interior los contrafuertes exigidos por los empujes de las bóvedas, haciendo servir de tales, los muros que dividen en capillas las naves exteriores.

Las grandes columnas que soportan las bóvedas de las naves interiores, tienen en toda su altura el perfil que procede de la columna dórica.



SORIA.—CLAUSTRO DE LA COLEGIATA.

Las ventanas que son de medio punto aparecen decoradas con molduras procedentes también del arte romano.

La puerta principal situada al pié y en el eje de la nave central, es del mismo renacimiento y la lateral situada en el muro de cerramiento del lado de la Epístola es del gusto plateresco y finalmente la cornisa que corona los paramentos exteriores de la Iglesia y de la torre, se compone de los mismos miembros y molduras que un entablamento clásico.

Sobre los capiteles de las columnas que soportan las bóvedas, aparece un cuerpo cilíndrico como prolongación del fuste y en él penetran los numerosos aristones de que se compone la bóveda ojival, la cual presenta de una manera marcada todos los caracteres propios del último periodo de este arte.

Las ojivas son de tan pequeño perfil que se confunden con el semicírculo siendo á veces más rebajadas. Los diferentes aristones colocados con profusión se combinan formando



DEL CLAUSTRO.

complicadas figuras mistilíneas y están decorados con numerosas molduras y en los encuentros con grandes claves profusamente labradas.

Todas estas construcciones hechas con sillares bien labrados y sentados se conservan en muy buen estado de solidez si se exceptua algún contrafuerte. La construcción pertenece al siglo XVI, si se exceptua una parte del muro lateral del cerramiento, que por sus dos paramentos está decorado con pequeños arcos bizantinos y el interior con molduras del mismo estilo, gusto y ejecución que los que decoran los del claustro. Tan-

to la decoración como la singular analogía que se advierte en la labra y aparejo de la sillería en estas dos construcciones inducen á creer sean de la misma época.—Siglo XII.

El Claustro.

El Claustro unido á este templo es una de las construcciones más bellas que se conservan del siglo XII.

Su planta es cuadrada, tres lados formados por las galerías del claustro y el lado que cierra la figura en el muro del costado Norte de la Iglesia.

Los capiteles de estas columnas están decorados unos con figuras representando asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento, compuestas estas figuras con la severidad de movimiento y sobriedad de detalle propios de la expresión monumental y arquitectónica, otros con figuras que proceden de la tradición mitológica ó puramente quiméricos dispuestos en un sentido exclusivamente de ornamentación; otros finalmente con entrelazados y follajes. Las cornisas tanto del paramento interior como del exterior, están sostenidas por ménsulas primorosamente labradas y en general toda la ornamentación lo está con la inteligencia, seguridad y firmeza que resultan de una enseñanza tradicional y gran práctica de ejecución.

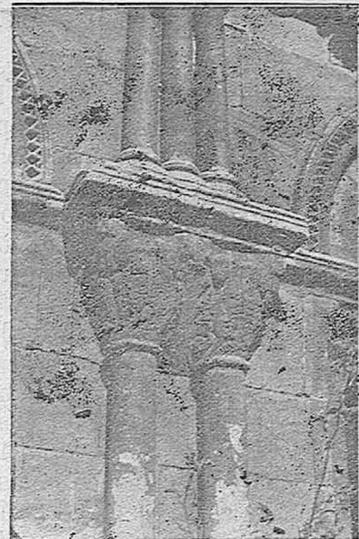
Las dos galerías situadas perpendicularmente al muro de cerramiento de la Iglesia, aparecen incompletas y según todos los indicios mutiladas. Con objeto de establecer en éste claustro la cuarta galería, se construyó paralelamente al citado muro de la Iglesia otro de mampostería sin huecos que pudieran dar paso á la luz; los extremos de este muro se apoyan en la línea de las claves de las antiguas galerías y por lo cual fueron indebidamente cortadas á fin de ponerlas en comunica-

ción con esta nueva galería ó pasadizo. Este extraño cuerpo adicional produce por su rudeza un desagradable y violento contraste con las bien ordenadas formas de la fábrica bizantina. Sobre todo es notable el capialzado de la puerta que llaman de *los carros*.

La mala trabazón que se dió á los sillares de la portada y capialzado con los demás del antiguo muro, ha sido la causa del estado ruinoso en que se encuentra dicho capialzado. El deseo de utilizar un gran lienzo de pared pudo aconsejar la construcción de este muro ó acaso un sentimiento de respeto al antiguo templo hizo que no fuese demolido dejando en él un vivo testimonio de la antigüedad tradicional del culto ofrecido en aquel mismo recinto.

La Armadura.

La armadura ó cubierta que debiera proteger estas construcciones está muy lejos de corresponder á la inteligente y bella disposición que se observa en el resto del edificio. Dispuesta la armadura desde un principio de una manera viciada y sin que en ella pueda advertirse nada que indique ordenación ni sistema, carece no solo de condiciones de solidez y estabilidad, sino que apoyándose en puntas de la bóveda cuya resistencia no supone más carga que la de su propio peso, lejos de protegerla parece más bien amenazar su rui-



DEL CLAUSTRO

na. La pendiente dada á sus faldones, es tan pequeña que con gran dificultad dá salida á las aguas, defecto particularmente sensible en un clima en que la estación de invierno es tan rigurosa. En la disposición y terminación de los faldones se ha prescindido completamente de toda exigencia artística, por lo que el edificio presenta el singular aspecto de una obra sin terminar y sin que se vea al exterior, exceptuando el ábside, nada que pueda dar á conocer lo que en este edificio pueda ser fachada ó costado.

A este extraño aspecto se debe indudablemente el que se de nombre de puerta principal á la que está situada en el costado Sur del templo por el lado de la Epístola, y el que

(1) Este artículo vió por primera vez la luz pública en 1881, y al reproducirlo hoy en El Noticiero, lo creemos todavía de oportunidad, pues si bien se han llevado posteriormnete á cabo en San Juan de Duero algunos pequeños reparos, como el de la techumbre del templo, y ya no tiene lugar allí la horticultura, habiendo pasado las llaves del edificio á manos del Secretario de la Comisión provincial de Monumentos, aún merece, que se haga más, bastante más para que esa joya artística de primer orden se conserve en mejor estado, viniendo todos y cada uno de los sorianos obligados á hacer por ella lo que el buen nombre de nuestro país exige, reclamando de los Gobiernos que no se quede la cosa en haber declarado Monumento nacional á San Juan de Duero, sino en que nos ayuden también á engrandecerlo.

además se haya pensado en una fachada principal para ser construída en este punto.

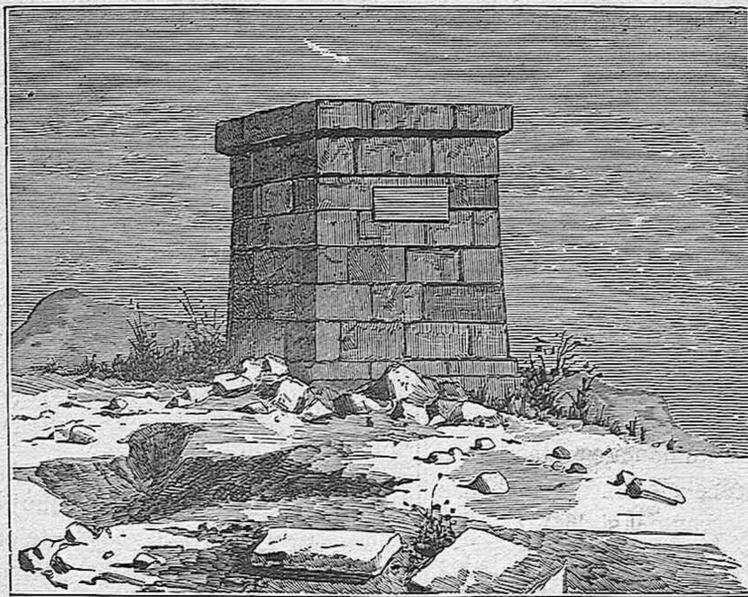
† NICOMEDES MENDIVIL.
Arquitecto y Académico.

LAS RUINAS DE NUMANCIA

La vicillesse couronne et la ruine achève
Il faut à l'édifice un passé dont on rêve,
Deuil, triomphe ou remords.
(Victor Hugo.)

Sí, es preciso que la mano cariñosa del tiempo venga á hermohear el monumento con la corona de la vejez, que la ruina le haga venerable, que le preste un pasado ante el cual las generaciones subsiguientes puedan experimentar el legítimo orgullo de la gloria, ó el remordimiento de la vergüenza.

Es preciso que estas ruinas vivan



BASE DEL MONUMENTO Á NUMANCIA

eternamente, para que sirvan de refugio al espíritu nacional cuando la concupiscencia, la corrupción, la insensatez, la cobardía, el miserable amor á la vida y el repugnante sensualismo le auyentan de las populosas ciudades y le escarnecen en los dorados palacios, y le amordazan desde las alturas.

Esta vergüenza estaba reservada á España.

Existe sin duda una ley de compensaciones para ajustarse á la cual era preciso que el pueblo de más gloriosa historia en el mundo, registrase también en sus anales la más vergonzosa humillación, la más miserable y cobarde entrega, la traición más negra y vil de que el mundo tenga ejemplo.

¡Numancia, y Santiago de Cuba!

¡Sagunto, y Manila!

¡Zaragoza, y San Juan de Puerto Rico!

¡Mas no importa! Aquellas glorias vivirán siempre con inextinguibles destellos en las almas honradas que si son pocas no por eso son menos honradas.

Yo os saludo, venerables restos de la inmortal ciudad! ¡Quién sabe si del sagrado suelo donde reposais surgirán algún día cenizas que inoculen en este cuerpo moribundo de la Patria, corrientes de una nueva vida.

¡No sois leyenda, no! Sois el alma de un pueblo, y el alma no muere.

Yo espero todavía vuestra resurrección.

J. JOSÉ GARCÍA.

Leyenda Castellana

El Juramento

El galán había entrelazado su brazo con el de Margarita y sentía las palpaciones precipitadas de su corazón.

Paseaban los dos por el estrecho camino que serpentea al pié de la ladera cubierta de bosque que el sol inflama cada día al terminar su carrera.

—No llores, querida mía, mi ausencia no será duradera. Necesitaremos poco tiempo para volver á tomar Sevilla á los infieles....

—¡No partas, quedate á mi lado!

—No puedo. Debo partir. Gómara es para mí más que un hermano.

Huérfano desde muy joven, he vivido siempre bajo su techo, he comido á su mesa, he conocido sus más íntimos pensamientos. No ha tenido nada oculto para mí. El conde es, á no dudar, mi más fiel amigo y donde quiera que vá, allí voy siempre.

—Entonces, si tanto te quiere ese señor, al que nunca he visto, pídele que te deje cerca de mí

—Es imposible, Margarita, y el rey don Pedro nos espera para dar á todo su ejército la orden de marcha. Sin faltar al honor debo compartir con el conde los peligros, así como he compartido los

placeres.

Juntos recogeremos la gloria. Nada temas, volveré de esta guerra como he vuelto de otras. Además ¿No posees mi cariño? ¿No he empeñado mi palabra? ¿No te he dado el anillo de desposorios? Entonces, dime, ¿por qué tiembles?

—Por nada, Pedro, ve, puesto que tú lo

quieres ve á combatir para conservar tu honor y después vuelve pronto, mi muy amado, para que yo también pueda disfrutar la dicha....

.....El negro manto de la noche iba envolviendo á los dos amantes, cuya silueta poco á poco se perdía en las tinieblas....

* *

Hacia algunos instantes que los repetidos toques de los clarines, el ruido de los pifanos y tambores desgarraban el aire fresco de las primeras horas del día. Descendían del castillo, con paso cadencioso, los ballesteros, que marchaban bajo el pendón del conde de Gómara. Tras los hombres á pié venían los hombres de armas, en sus caballos cubiertos de hierro. Llevaban resplandecientes armaduras é iban precedidos ó seguidos de escuderos, de pajes vestidos de terciopelo de seda, de telas de oro, llevando las armas de sus señores.

Las lanzas se dirigían hácia el cielo en tan gran número que parecían un bosque en marcha.

En medio de la curiosa multitud, que aplaudía al pasar á los señores á quienes amaba, Margarita, rodeada de otras muchachas de su modesta condición, abría desmesuradamente los ojos. Estaba inquieta por no haber visto aun á aquel á quien buscaba.

—Írá cerca del conde, pensaba.

Por fin, aparecieron las gentes con la librea de Gómara.

Su desfile duró algún tiempo. Después en medio de sus vasallos preferidos apareció á su vez el conde. Caracoleando, levantaban los caballos una espesa polvareda, pero las nubes de polvo permitían admirar los ricos trajes, las arrogantes figuras de aquellos célebres guerreros. El conde era el más hermoso de todos, el más magnífico. No parecía escuchar las frenéticas aclamaciones de su pueblo y derecho en su silla, altivo y soberbio, pasaba....

Pasó sin oír un grito desgarrador, un grito de mujer, sin ver caer á Margarita, como herida por el rayo, al convencerse de que su amante, aquel á quien ella había creído sin dudar de él jamás, era el mismo noble y poderoso conde de Gómara, el más firme sostén del trono de Castilla.

* *

En amplia tienda rematada por un estandarte, levantada en medio del campamento de sus vasallos, don Pedro estaba acostado. Descansaba en una cama de campaña, cubierta de terciopelo y seda. Sus armas, colgadas de las paredes de la tienda, formaban soberbias panoplias. El suelo estaba

cubierto por una espesa alfombra, pesados y ricos tapices decoraban el fondo del ancho espacio donde vivía, entre batalla y batalla, el conde de Gómara.

Ayudado sobre un codo miraba á lo léjos y soñaba. Todos los días pasaba, así, inmóvil, horas enteras soñando, soñando siempre. Sus amigos no le reconocían. Aquel tan alegre antes, tan exuberante, tan lleno de vida, siempre á caballo, ora cazando, ora ocupado en romper una lanza, se refugiaba ahora, bajo su tienda, dichoso de hallarse á solas consigo mismo.

Su fiel escudero, sentado en un rincón, le miraba con dolorosa piedad. Hacía mucho tiempo que trataba de penetrar el secreto de su señor sin poder lograrlo. Sus abnegados y dilatados servicios le habían dado el derecho de hablar sin ser preguntado y sin rodeos, así es que resueltamente interrogó al conde.

—¿Qué ocultais á vuestro celoso servidor, mi querido señor?

Desde hace varios meses vais triste al combate y triste también regresais al campamento, después de haber vencido gloriosamente al enemigo. ¿Qué le falta á su señoría para que la sonrisa acuda á sus nobles labios?

El conde guardó silencio largo rato.

—Soy juguete de una increíble fatalidad, dijo.— Por donde quiera que voy una mano pequeña blanca me persigue y me protege. Y mi pensamiento cautivo, no puede sustraerse á esa idea. Al principio luché creyéndome presa de alucinaciones extrañas, producidas por causas que no acertaba á explicarme: después, lentamente esta visión se instaló en mi cerebro. Y ahora se ha apoderado de mí ya. Es un demonio que me persigue... ó más bien un angel que se ha unido á mí, porque nunca me ha hecho más que bien. Sea quien quiera esta intervención es sobrenatural. ¿Recuerdas el día en que vencimos al moro Nebrija Aljarafe, cuando mi caballo desbocado me llevaba á través de las filas enemigas? Había perdido las riendas y no podía recuperarlas, ocupado en combatir á los malditos que me rodeaban. Mi caballo galopaba cada vez más de prisa; yo iba á la muerte. Las flechas llovían á mi alrededor. Veinte lanzas puntiagudas iban á sacarme del arzón, traspasarme tal vez. Entonces una manita blanca cogió la brida, hizo dar media vuelta á mi caballo y lo guió hacia los nuestros. Gracias á este milagro volví á hallarme al frente de mis escuadrones.

—¿Que decís, señor? A vuestro valor y á vuestro ánimo es á lo que debéis la vida. Si no pude seguir en medio de los moros, pude al menos volver á juntarme á vos cuando regresais entre nosotros. Vuestra mano, y no otra, fué la que dirigió vuestra montura, recobrada al fin, y vuestro valor solamente, pudo sacaros de semejante aprieto.

—Bien sé lo que digo, he visto lo que tu no has podido ver. Las noches de batalla, la hermosa mano blanca viene á correr mis cortinajes para que yo descanse. Esta dulce mano blanca apartó de mi pecho una flecha que iba á traspasarme en Triana. La veo tan claramente como estoy viendo en este instante tu cara estupefacta! Y cuando para olvidarlo todo, quiero escanciar en la mesa mi vaso con más frecuencia que de costumbre, la bella mano blanca desvía suavemente á los sirvientes y mi copa continúa vacía. ¡Nada se me escapa, me figo en todo, estoy reconocido á la mano blanca, yo la bendigo! En este momento se apoya en mi hombro como para agradecerme lo que estoy diciendo.

¡Oh! seguramente no la ves! Yo... siento sus caricias... ¡Mira! ¡Héla ahí!... ¡Héla ahí!... gritó levantándose espantado.

Gruesas lágrimas deslizaron por las mejillas del fiel escudero; tostadas por el sol, perdiéndose después en sus espesos y canos bigotes. Levantó sus brazos al cielo y dijo llorando:

—¡Mi pobre señor está loco!

Sevilla era libre al fin. El rey don Fernando había arrojado de allí á los moros, gracias á la bravura de sus condes, de sus caballeros y de sus soldados. Para celebrar esta victoria había permitido á los mercaderes instalar sus barracas alrededor de su campamento. Los farsantes recitaban desde lo alto de sus tabladros alegres paparruchas ó tiernos romances. Los soldados, los criados, dichosos y ufanos por haber vencido, excitados por

el vino, atormentaban entre risas y algazara á las vivanderas y á las mujercuelas.

Solo y triste, el conde de Gómara, se paseaba en medio de la alegría general. Pasaba sin mirar siquiera por delante de los puestos de los mercaderes que vendían escapularios, reliquias balsamos maravillosos que curaban las más atroces heridas. Hubiera podido comprar hasta talismanes que le hubiesen hecho ser amado por todas las mujeres.

Cerca de él un trovador cantaba lentamente con voz grave:

«La jovencita tenía un amante. Este la juró amarla eternamente. Para conseguir sus labios y cuanto deseaba puso en su dedo el anillo de desposorios. Después partió para la guerra y la olvidó. ¡Mujeres, no creais jamás en los juramentos de los enamorados!»

«Un día la joven descubrió que él había mentado. No era humilde caballero sino un noble y muy poderoso señor. De pena la pobrecilla, desfalleció y murió. ¡Mujeres, no creais jamás en los juramentos de los enamorados!»

«Se la llevó al campo de los muertos. Pero cuando sus compañeras fueron á rogar por ella y á llevarla flores, vieron que su mano, adornada con el anillo de desposada, salía de la tumba. Dulcemente volvieron á colocarla en el ataúd, pero la mano reaparecía siempre...»

«¡Mujeres, no creais jamás en los juramentos de los enamorados!»

Don Pedro había escuchado sorprendido al principio y poco á poco su corazón se había ido oprimiendo. La canción le había turbado. A medida que la voz tomaba una entonación más grave, el conde se iba estremeciendo más y más. Al final sus labios estaban blancos, como sus mejillas, como su frente, de donde brotaban gotas de frío sudor. Sus dedos se agitaban convulsivamente. Preguntó con voz ahogada, ronca.

—¿De qué país eres?

—De Soria, señor.

—¿Qué cantas ahí?

—Un romance que en el país canta todo el mundo en el campo.

—¿Y donde has oído tú esa historia?

—En el pueblo que domina tu castillo. Es la historia de un señor enamorado que no ha cumplido su palabra. ¿La conoces por acaso?

Don Pedro se alejó sin pronunciar una palabra.

Mientras andaba, se acordaba del estrecho camino que bordea el río que serpentea al pié de la ladera cubierta de bosque, que el sol inflama cada día al terminar su carrera. En sus oídos resonaban las dulces palabras de amor de Margarita, sus ojos volvían á ver los encantadores rasgos de la pobre jóven....

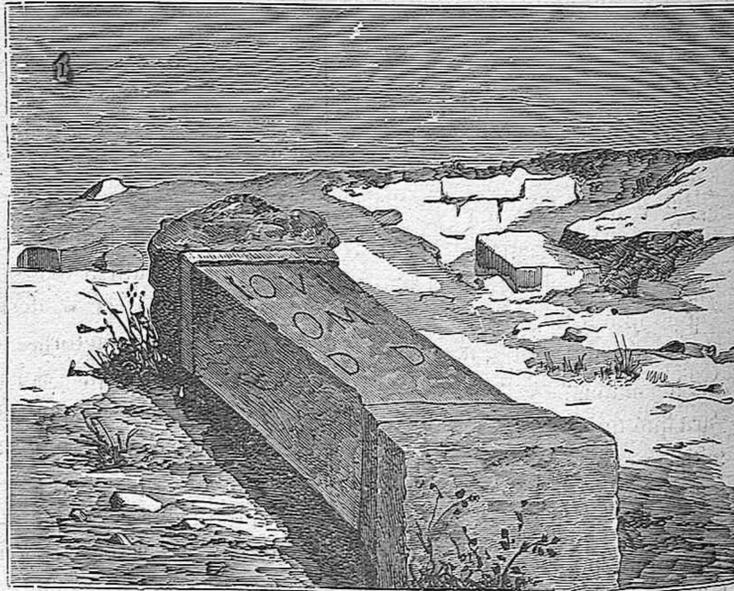
* *

Poco después de terminada la guerra don Pedro regresó á sus estados con sus triunfantes guerreros. A su paso lanzaba el pueblo gritos de alegría. Los chiquillos saltaban y brincaban á la cabeza de las tropas, delante de los músicos. Los habitantes de Soria, situados á lo largo de las calles, agolpados en las plazas presenciaban el desfile de los soldados. Cuando llegó el conde se descubrieron y le aclamaron.

Al pasar por delante de la iglesia, el clero, con los ornamentos de las grandes fiestas, se unió al cortejo y tomó el camino del cementerio en lugar de seguir la ruta que conducía al castillo. La multitud, excitada por la curiosidad, se precipitó hácia el cercado donde eternamente reposan los cristianos.

A la puerta, el conde echó pié á tierra y siguiendo al obispo y rodeado de sus vasallos se dirigió á la tumba de Margarita.

La manita blanca, engalanada con el anillo de desposorios salía del ataúd. El conde se aproxima



ARA EXISTENTE EN LAS RUINAS DE NUMANCIA

mó, tomó la manita en la suya y el obispo bendijo aquella unión, que previamente, había autorizado el Papa.

Cuando la ceremonia se hubo terminado, la manita blanca, que no estaba muerta, respondió al apretón de Gómara y entró para siempre en la tumba.—UBALD LACAZE.

Traducción de OCTAVIO LAFITA.

(De Le Petit Journal.—Suplément illustré.—Dimanche 9 Aout 1901.)

SORIA: 1901.—Tip. de El Noticiero.